

entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas mas recatadas, y muecas á los maridos mas celosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los jaboncillos de jabon rallado, de harina de chochos y de aceite de espliego; daba á entender que eran jaboncillos de Bolognia. Cogia raíces de malvas, cocías en vino y sangre de dragon, tostábalas en el horno y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la margen de aquella celebrada ribera, y habiéndolas molido, las mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian rojos y pasaban á la plaza de polvos de coral de levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudándome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas y encarecia la cura, y vendia caro; porque la persona que quisiera cargar en España para vaciar en otros reinos, ha de vender sus mercancías por buhoneras de Dinamarca y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por grison ó esguizaro; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á raterías extranjeras. Vendílo todo tan caro y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se hallaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca y á la blancura de las manos, eran las damas las que mas las despachaban, por ser las que menos las conocian, particularmente las representantes, por salir cada día á vista en la plaza del mundo. Hallábase en esta ocasion entreteniéndose en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce Pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conociencia con sus reinas fingidas y príncipes de á dos horas, y como en ellas no reina la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al escudero de los Gonzalez, por haber engañado á representantes, habiendo salido los que mas presumen de entendidos engañados de ellas. Habia una que, por razon de prenderse bien, prendía las mas libres voluntades. Tenia un marido á quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona ó picaseca de la compañía, porque no hacia en ella mas de una parte, que era cantar, pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercaderes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendia, apenas vi el ramo, cuando me entré en la taberna. Iba siempre apercebido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los habia de feriar, se al-

borotaba todo el conclave, y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se habia aficionado de mí por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiera de mil amores, y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian; que si estos faltaran en su casa, que ella alcanzaria con el autor que tocara la caja en las villas, ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que á costa ajena podia ver las siete partidas del mundo, como el infante de Portugal, no quise hacerme de pencas ni que me rogasen lo que yo deseaba; dile el dulce *fiat*, y pedile dos dias de término para deshacerme de mi botica, y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fuí á casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquin en la calle, llevándole y trayéndole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas partes. Tenia cada noche mi amo mil cuestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho, que no pudiera antes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudían al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó celosos de verse desdenados y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se habia trasformado en cuarto de contratacion. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias, y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso; y yo, como privado del rey, ó secretario de estado y guerra, recibia los dichos memoriales y la untura que venia con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables ó pobres, no hay lugar; á los hijos de familia, en víspera de herencia, acuerde adelante; y á los ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos á todos dilatando el pleito, y á ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azúcar cande; y otras les hacia creer que tenia convi-

dadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas y pellas de manjar blanco el día que jugaba y perdía; porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos ó para meterlos, me henchia la faltriquera de cintas y listones, y dándoselos á los amantes por favor y en su nombre, me satisfacian de suerte, que habia con que comprar la cantidad de lo que habia sacado y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un día que no se representaba á pasear al arenal en un coche que habian pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de partirnós, entraron á llamarme dos mozos de la comedia y el guardaropa, para que nos fuésemos á holgar, por ser día de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro, jugamos á los naipes quién habia de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardaropa á jugar las pintas; el cual, no siendo escrupuloso y teniendo mas de negro que de blanco, á cuatro paradas me dejó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me queria aguardar iria por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé á casa de un pastelero conocido mio, al cual le pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que habia comprado; y que al instante que mi amo viniera se los volveria, demás de darle su ribete por el trabajo de contar dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pedí, con lo cual volví á jugar y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por vía de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí á la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fuí á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con harta inquietud y desasosiego.

#### CAPITULO V.

En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acaccimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

Así que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubrí los reflejos de la luz del venidero día, cuando me vestí, teniendo el corazon lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana que le habia dado á mi ama, en satisfaccion del buen tratamiento que me habia hecho; y considerando el daño que me podia venir en echando menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y

erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible verano, di alcance á dos soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guías de todas las levass que se hacen. Dijéronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la villa de Arahal, por haber tenido noticia que estaba allí un capitán haciendo gente; y que era villa que no perecerian los que militaran bajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fuí acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos segundo día á la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitán, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino orden de que marchásemos; y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al cuarto, enfadados todos los soldados que tenia, que éramos cerca de cincuenta, á la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje; que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitán, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta compañía sin oficiales á la ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Orsua, caballero del hábito de Santiago, adonde demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada día con una docena de espadaclines á caza de corchetes, en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Hacíamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos, y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, guarduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de Don Gonzalo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardía; embargamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía á falta de bagaje, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partia la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, á fin que no llegase queja á mi capitán.

Llegamos á Cádiz, y al tiempo del embarcarnos me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, ó se volviese patas arriba, por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jabalí seguido. Partió la flota al golfo, y yo al puerto, pues en el inter que ella pasó el de las Yeguas, yo senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural ha sido de quebrantar el sétimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser soldado de la galera *Santo Domingo* en la escuadra de Es-



paña, y debajo del gobierno del duque de Fernandina; por razon de ser esta galera de las mas antiguas, y de ser hospital, cuyo nombre siempre reverencié, por la comodidad que continuamente hallé en ellos, y tan abuela de las demás, que estaba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos; con que pensé ser cuervo de la tierra, y no martajo de la mar. Serví en ella de tercero al capitan, de despensero al alférez y mozo de alguacil. Enviábame el alférez á comprar carne á la carnicería de esta villa, donde continuamente abundaba la gente, sobraban las voces, y faltaba la carne; acercábame al tajo, daba señor al carnicero, y atronaba las orejas á los oyentes; recibía la carne, metía las manos en las faltriqueras, y los ojos en el rostro del cortador; y en viéndolo ocupado en llamamientos de alguaciles ó en partición de tajadas, bajaba todo el cuerpo, encubríame entre la bulla, fingía haber perdido algun dinero, y agachándome, como quien anda á caza de luganos, salía á lo raso, y ganaba los perdones del que hurta al ladrón. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la terciá parte de la carne, y á medio día me comía la mitad de lo que llevaba al alférez. Entré un día con un amigo, soldado de la galera *Santa Catalina*, á refrescar en su rancho, y hallé amarrado á un banco y amarrado á su ballestera mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes, que dejó en prision en la ciudad de Evora cuando salió á hurga á dar en manos de gitanos. Conocióme así que me vió, y dándome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dijo cómo despues de haberse hecho de pencas, y dándole ciertos tocinos á traicion, le habían echado toda la ley á cuestras; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban mas de ocho años, y que saldría de aquel trabajo en la flor de su edad, para poder proseguir con su industria. Favorecíle con lo que pude, y volviéndome á mi galera, supe cómo había enviado á pedir don Antonio de Oquendo al duque de Fernandina dos compañías prestadas, como libras, para salir á recibir la flota; y que sin que me preservara á mí aquella seguidilla que dice «quien no fué hombre en la tierra, menos lo sería en la mar», había tocado á mi compañía ir por una de las llamadas, y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España, y apartándonos de la vieja, seguimos el rumbo de Colon y el camino de la codicia.

En el poco tiempo que duró esta embarcacion, no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas y haberse todos mareado, fué siempre mi barriga caldero de torreznos y candiota de vino. Hallábame gordo y sucio, en blanco la bolsa, y en oscuro la camisa; los cabellos emplastrados con pez, y los calzones engomados con brea. Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciéndonos Santelmo despues de pasada, nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia á mi capitan para ir á cumplir un voto, que le di á entender había hecho en la tormenta referida; y atribuyéndolo á chanza, se sonrió y calló como en mi-

sa. Yo, como había oído decir que quien calla otorga, me juzgué por licenciado, y me determiné como bachiller. Fuime entrando en el Andalucía, y apartándome de los tránsitos de la venida; por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas, llegué á Córdoba á confirmarme por angelico de la calle de la Feria, y á refinarme en el agua de su potro; porque despues de haber sido estudiante, paje y soldado, solo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas de vino cuando era buhonero, me determiné de volver al trato; mas por hallarme escaso de caudal lo empleé en solas mil agujas, y me salí de la ciudad á procurar aumentarlo. Y despues de haber corrido á Hernán Nuñez y otras dos villas, llegué á la de Montilla, á tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza sobre una silla sin costillas y con solo tres piés, como banqueta, un ciego de *nativitate*, con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alba, por ser ejemplares y de mucha doctrina y ser él autor; el cual chirriando como garrucha, y rechinando como un carro, y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogía los hombros, y cocaba todo el pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte:

Cristianos y redimidos  
Por Jesus, suma clemencia,  
Los que en vicios sois metidos,  
Despertad bien los oídos,  
Y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendía, que á no llegar la noche, diera fin á todas las que traía. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces á oscuras y cerradas las ventanas, empezó á caminar á la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarillo de Tórmes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretension; y llegándome á él, le dije que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraria una gran cantidad, porque era un pobre mozo extranjero que andaba de tierra en tierra buscando donde ganar un pedazo de pan. Enternecióse, y no de verme, y respondiome que la imprenta le llevaba un ochavo por cada una, demás de la costa que le tenía de traerlas desde Córdoba; y que así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara á tres maravedís. Yo le respondí que se había puesto en la razon y en lo que era justo, que fuésemos adonde su merced mandara, para que le contasen el dinero de cien pares de ellas y para que me las entregasen con su cuenta y razon. Dijome que le siguiera á su casa, y alzando el palo y haciendo puntas á una parte y á otra, como ejército enemigo, aporreando puertas y escalabrando paredes, llegamos con brevedad á ella. Tenía una mujer de tan mal arte y catadura, que le había Dios hecho á él infinitas mercedes de privarle de la vista, porque no viera cosa tan abominable; y sobre todas estas gracias tenía otras dos, que era ser vieja y muy

sorda. La cual, así que vió á su marido, lo entró de la mano adestrando hasta la cocina, quitóle el ferreruero y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Díjole en alta voz que sacase del arca dos legajos que había de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero á razon de seis maravedís cada par; mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque demás de ser sorda, al punto que lo dejó sentado, había salido al corral á traer leña para hacerle fuego; yo, reventándome la risa en el cuerpo, le di parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera, para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasion, echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hacía la parte que le pareció estar, dió conmigo, y tentándome al ferreruero, y pensando que eran faldas, volvió á dar el segundo pregon, dejándome atronados los oídos, y ella, mirándonos á los dos, estaba como suspensa. Hicela señas de que llegase á oír su marido y advertirle á él el engaño, y descolgando ella un embudo grande de hoja de lata, se metió la punta en el oído, y poniendo la boca de él en la del relator de coplas, le preguntó que quién era yo, y que para qué me había traído á su casa. El, despues de haberle satisfecho, en tono de predicador de mandato, por el cañon de su embudada corneta, volvió á referir tercera vez lo que dos veces había mandado. Sacó ella los legajos, y despues de haber recibido el pago, hizome el entrego de ellos; y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fui á dormir al hospital. Salí al amanecer de la villa, y estando algunos dias en la de Aguilar, pasé á las de Cabra y Lucena; vendía las agujas á las mozas, y cantaba las coplas á las viejas; y como se dice que al andalúz hacerle la cruz, á las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habían de hacer un calvario de ellas. Hurtábanme las redomadas de aquellas ninfas, mirándome muy á lo socarrón mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oír lo donairoso de su ceceo y de ver el brio de su desgarró; y mientras tenía cuenta con las unas, las otras me empanillaban la vista y las agujas, pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezaban, emboscándolas en los tocados, y ocultándolas en las bocamangas; de manera que despues de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre buhonero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto de ellas, y de cosario á cosario me dejaban sin vales. Oían las coplas las viejas, y despues de haberme roto los cascos y secado los gaznates, con aquello de á las mas maduras, con sus boquitas papandujas me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas. Por lo cual y por ser tierra de buenos vinos llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, di al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco roto.

Encaminéme á la vuelta de Gibraltar con intención de ser pícaro de costa, y estando á vista de sus muros, me dieron nuevas de cómo prendían á todos los vagamundos y los iban llevando á la mazmorra, para que sirviesen en ella ó de soldados, ó de gastadores. Yo, por ser uno de los comprendidos en aquel bando y por no ir á tierra de alarbes á comer alcuzeuz, me fui á la Sabiniella á ser gentilhombre de jábega y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada día y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire, y púseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religion; y al tiempo de tirar la red hacia que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que antes era divertimento que trabajo. Y al tiempo que salía el copo á ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de general de jabegueros, mirando á las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho, la causa perteneciente á las manos la remití á los piés, porque donde no alcanzan las fuerzas, es menester valerse de la industria. Hacíame Clície de aquel sol de bodegon de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los piés, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesía, retiraba con los dedos de los cuartos bajos angelotes, y con los talones rayas. Tenía un camarada detrás de mí, el cual recogía los despojos, sirviéndole unos de estomaguetes y otros de ventosas de mal de madre; los alojaba entre la camisa y la barriga, y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué á tiempo que ejercitaban los piés el oficio de las manos; y en faltándome sacristan que me ayudase á dejar el armador de *Requiem* y dar sepulcro á sus pescados, escarbaba con un pié sobre la arena como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura á la presa, y con ambos cubría á los difuntos, para sacarlos en quedando en la soledad. Venían los arrieros, compraban el lance, y en corriendo por su cuenta, descansaban los piés, y trabajaban las manos; que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Digolo porque al instante que no corría el lance por el armador y que volvía las espaldas y desamparaba el monton de escamas plantadas á bien librar, les hurtábamos á los arrieros mas de la terciá parte, por mas bellacos que fuesen y por mas cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos percanes, racion y salario que ganaba, comía con sosiego, dormía con reposo, no me despertaban celos, no me molestaban deudores, no me pedían pan los hijos, ni me enfadaban las criadas, y así no se me daba tres pitos que bajase el Turco, ni un clavo que subiese el Persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general á mis soldados, y me reía de los puntos de honra y de los embelecos del pundonor, porque á pagar de mi dinero, todas las demás son muertes, y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga